

Bibliotecas de cine: una revisión de la imagen de las bibliotecas y los bibliotecarios en el séptimo arte (tópicos y estereotipos)

Claudia Paz Yanes
Universidad de Alcalá

0.1. Resumen

Revisión de la representación de las bibliotecas y los bibliotecarios en el cine. Se estudian, por un lado, las representaciones cinematográficas de las bibliotecas, y, por otro, los clichés asociados a la imagen de bibliotecarios/as. Se hace hincapié en el estereotipo de la bibliotecaria “estándar” (con gafas, moño, etc.) estudiando su posible origen y su pervivencia en el imaginario colectivo, así como en el del bibliotecario masculino. Se estudian pasajes de algunas películas en las que aparecen bibliotecarios y bibliotecas más o menos relevantes en la historia narrada; pasando desde la biblioteca como símbolo (Babel, Alejandría), hasta llegar a las bibliotecas y archivos en el cine negro, el género de espionaje, la documentación y el periodismo, entre otros.

Palabras clave: Imagen pública. Estereotipos. Tópicos. Bibliotecas. Bibliotecarios. Documentalistas. Centros de documentación. Archivos. Cine. Películas. Literatura.

0. 2. Abstract

A review on libraries and librarian's representation in cinema movies is offered. The cinema representation of libraries and the image stereotypes of librarians are examined, with special attention to the “standard” woman librarian with bun and glasses, its origin and survival in the collective imagination. Movies passages with relevant libraries and librarians in the story are examined from the library as symbol (Babel, Alexandria), until the libraries and archives in modern genres: mystery movies, spy, science fiction and journalism movies.

Keywords: Public image. Stereotypes. Cliches. Libraries. Librarians. Documentalists. Information and documentation centres. Archives. Movies. Motion pictures. Literature.

1. Introducción

El presente trabajo pretende asumir dos retos: por un lado, revisar con cierta profundidad el estereotipo que de la profesión del bibliotecario y de los lugares de trabajo —las bibliotecas— ha dado el cine; y por otro lado, proponer otros modelos y sugerencias para transformar, en su caso, esos lugares comunes. La bibliografía sobre la “imagen” que de una profesión y su entorno (Seibel, 1988) proporcionan los *mass media* es muy amplia y no vamos a extendernos excesivamente sobre ella; haremos algunas consideraciones importantes para revisar estas imágenes a través del cine y, por mutua interdependencia en muchos casos inevitable, a través de la literatura. Revisaremos el estereotipo, tanto en su dimensión humana —los bibliotecarios—, como en su contexto sociolaboral —la bibliotecas y sus servicios (Ontoria, 1996)—, a través, fundamentalmente del arte que más influencia ha tenido en nuestra época: el cine (Martin, 1996).

1. 1. ¿Qué es un estereotipo?

Si atendemos a las definiciones sociológicas sobre el concepto “estereotipo” —del griego στερεος (stéreos), sólido/firme; y τυπος (túpos), molde, modelo—, nos encontramos con que es una generalización sobre una persona o grupo de personas, esbozando de manera simplificada sus rasgos. Al no disponer de un cuadro total, en muchos casos, los estereotipos nos permiten completar “los espacios en blanco”. Nuestra sociedad crea y perpetúa estereotipos, que a menudo conducen a la discriminación e incluso a la persecución cuando el estereotipo es desfavorable. Un estereotipo puede tener mucha “fuerza”: por ejemplo, el estereotipo del negro norteamericano “violento” es tan fuerte, que algunos estudios indican que los afro-americanos condenados por el primer asesinato tienen una probabilidad mucho más alta de recibir la pena de muerte en Estados Unidos que los blancos condenados por el mismo delito. Sin llegar a tales extremos el estereotipo es una forma simplificada de pensar, de resumir, en sus rasgos más “característicos” (más adelante veremos que lo “característico” también es discutible) una clase social, una profesión, un tipo humano. Los estereotipos tienen sus raíces y a veces sus causas, en las diferentes expresiones sociales; empezando por las experiencias personales y siguiendo por los libros, cómics, películas, programas de televisión, etc. Muchas veces son exactos, otras totalmente injustos. Al estereotipar asumimos que una persona o grupo tiene tales o cuáles características definitorias (y a veces parece que “definitivas”). Todas las profesiones tienen sus estereotipos positivos (el buen médico o el buen abogado) y negativos (el médico asesino, el abogado tipo Shylock). No vamos a citar muchos ejemplos sobre el estereotipo del bibliotecario en la literatura; es una tarea ingente que se ha estudiado en otros países (2) y que invitamos a desarrollar en futuras investigaciones. Las menciones literarias se harán sobre todo cuando tengan relación con el cine (Peña-Ardid, 1996).

1. 2. Imágenes evocadoras

Si aceptamos la gran influencia de los mass-media en la configuración de tópicos y estereotipos, el cine y la televisión se llevan todos los honores. Dice M. Martin (1996, p. 20) que “el cine, por eso mismo, se ha convertido en medio de comunicación, de información y de propaganda, lo cual, por supuesto, no es contradictorio con su cualidad de arte”. ¿Por qué dicen tanto las imágenes, elemento básico del lenguaje cinematográfico? Como señala M. Martin, ello se debe a que la imagen es aparentemente “realista” por el movimiento, sonido, color, y posiblemente “olores” en el futuro; suscita la identificación con los personajes (de allí proviene toda la mitología de la “estrella de cine”); es una representación unívoca, siempre presente; a la vez es una imagen artística, estética (a través de la música, la iluminación, los planos, los encuadres, los movimientos de cámara, etc.); provoca una especial intimidad, intensidad y ubicuidad; está cargada de ambigüedad y polivalencia, lo que hace que una imagen se preste a interpretaciones y discusiones varias; y tiene un “poder superior de contagio mental” (Jean Epstein; citado por M. Martin, 1996, p. 34). Dicho lo anterior ¿cómo no van a pervivir estereotipos del bibliotecario y de las bibliotecas, una vez que, fijados en la memoria colectiva, son perpetuadas por el cine? (Chaintreau, 1993).

2. Los bibliotecarios: seres extraños

A continuación estudiaremos las representaciones de los bibliotecarios a través de las películas. Una consideración previa: la mayoría de las películas son de procedencia norteamericana (O'Brien 1993) —lógico si tenemos en cuenta su industria dominante—, por lo que las referencias obligadas serán al cine de Hollywood, con escasa referencia al caso español. Asimismo se constata la dificultad de acceder y localizar el material filmográfico (3). Aludiremos a películas que están referenciadas al final del citado artículo de Antonia Ontoria, y cuando no sea así, haremos una especial mención. Estudiaremos el estereotipo diferenciado por género y tareas: a) la bibliotecaria en el cine, b) el bibliotecario en el cine, y c) las tareas bibliotecarias.

2. 1. La bibliotecaria en el cine o la “dama del moño”

La proporción de mujeres bibliotecarias es de 12 a 18: 4 de cada 5 bibliotecarios en las películas son mujeres y dentro de este grupo hay una proporción de 12 bibliotecarias jóvenes frente a 5 de mediana edad o mayores (Raish, s. f.). La bibliotecaria, dada la fuerza del estereotipo, es fuente y tema tanto en el cine como en la literatura (12). El estereotipo de la bibliotecaria en el cine es, sin duda, el “filón” más rico de nuestra profesión. La profesión de “bibliotecario” se declina más a menudo en femenino que en masculino. “Al hombre erudito, de letras, que detenta un puesto de responsabilidad, en parte heredero de los siglos pasados,

le sucede la bibliotecaria, valorada por sus cualidades domésticas, en un espacio protegido, sin que moleste en nada su papel primordial y presunto de madre de familia.” (4) En parte, el estereotipo tiene algo de verdad: la feminización de esta profesión desde el siglo XIX hasta hoy es bien conocida, aunque faltan estudios en España. El estereotipo tiene dos vertientes: la negativa (más frecuente) y la positiva. Las películas *Cartas a Iris* (1990), *Ciudadano Kane* (1941), *Desayuno con diamantes* (1961), *Historias de Filadelfia* (1940), y *¡Qué bello es vivir!* (1946) entre otras, muestran una bibliotecaria, en su vertiente negativa, con las siguientes características (Marinelli, 2000): mujer de mediana edad o mayor, poco atractiva, con moño y gafas (¡distintivos ineludibles y forzosos!) y a veces monóculo, expresión preocupada y cara seria, vestida con “hábitos largos”, conservadora en el vestir, zapatos clásicos y medias, falda *tweed* y gesto típico con la mano, haciendo guardar silencio. Pero el estereotipo no acaba aquí. Esta imagen física se completa con atributos de carácter, igual de atractivos (Raish): soltera o mejor dicho “solterona” —debido a que es presentada como una mujer fea, severa, remilgada, aburrida y temerosa de los hombres—, y cascarrabias, introvertida, torpe, pero también “tranquila”. Algunos ven, en estos rasgos, una variante del estereotipo de la “Bruja” o la “Vieja”, conocida en las mitologías y cuentos populares como Kali, Harpía o Baba-Yaga (Engle, s. f.). En *Juego Peligroso* (1978), la bibliotecaria, Gloria, acude a una fiesta y una amiga le dice: “Gloria, desde que te divorciaste, te encierras en esa biblioteca y te escondes detrás de tus gafas. Antes usabas más escote, sé más coqueta, más sensual. ¿Qué pretendes, ser una solterona?”.

Chaintreau (1993, p. 16) afirma que las bibliotecarias de moño y gafas “sin duda son de nacionalidad americana. Es en Estados Unidos, sobre todo, donde esta especie, en vías de extinción, se ha refugiado.” A pesar de que la autora afirma que los estereotipos están cambiando, no debemos estar tan seguros de ello (5). Tanto en lo bueno, como en lo malo, el cine y la literatura juegan un papel muy importante al respecto.

¿De dónde viene esta imagen tan negativa de la bibliotecaria? En las fuentes mencionadas se dice que es una imagen procedente de las bibliotecas públicas; pero puede remontarse a mucho antes: al bibliotecario custodio, vigilante, “guardián de la colección”. Al parecer el estere-



Figura 1. *La dama del moño*

otipo se fijó más o menos en el siglo XIX, cuando la mujer empezó a trabajar en puestos mal remunerados, entre los que se contaba la biblioteca. Estas características adquirieron “carta de ciudadanía” a mediados del siglo XX a través del cine y otras expresiones (cómic, libros, dibujos animados, etc.) (6). Hay aspectos del estereotipo difíciles de cambiar: por ejemplo, el uso de gafas que afecta a una gran parte de la población con problemas de visión y que caracteriza a muchas otras profesiones, por no decir todas, hoy en día (7). Según Chaintreau fue tardíamente cuando apareció el rol “negativo” de la bibliotecaria puesto que ésta nació “estrella” y como tal fue encarnada al principio por actrices como Carole Lombard o Greer Garson. El papel de bibliotecaria “fósil”, con moño y gafas, hizo su aparición de manera secundaria, en comedias americanas como *Desayuno con diamantes*. En muchas novelas, la bibliotecaria adquiere tintes terroríficos: persigue niños, descorazona a analfabetos, etc. Si las bibliotecarias hicieron su aparición en las bibliotecas públicas, en Estados Unidos, ¿cómo se pasó de la imagen de bibliotecaria bonita, joven, un “hada” en toda regla, al estereotipo de vieja bruja? La explicación que proporciona Chaintreau es que “los novelistas consideraban que las jóvenes se casaban y dejaban, por lo tanto, la profesión, como era habitual” (alude a los años 30, en pleno crack económico, donde una ley en Estados Unidos prohibía trabajar a las mujeres casadas). “Para castigarlas por haber osado usurpar este rol y abandonar el papel de mujeres de su casa, no se les concede la erudición y la cultura, la nobleza de la profesión. Se las acantona en un papel de funcionaria inflexible que lanza prohibiciones.” (ibidem, p. 96).

La historia de la imagen de las bibliotecarias empieza en 1870, cuando la biblioteconomía arranca como profesión, más concretamente en Estados Unidos: “después de la Guerra Civil, las mujeres vieron aumentar sus oportunidades y talento en bien de la sociedad, fuera de casa, en profesiones como enfermeras, maestras o bibliotecarias, desarrolladas por y para mujeres solteras. El trabajo en una biblioteca era bien visto porque los libros transmitían una imagen de valores morales. El trabajo de las mujeres en las bibliotecas públicas recreaba la atmósfera de un hogar de clase media con libros moralmente edificantes, y así rescatar a las masas de su pobreza moral e intelectual al igual que en sus respectivos campos lo hacían las enfermeras y maestras... El papel de “ángel del hogar” de la mujer victoriana fue trasladado de la casa a la biblioteca en la figura de una mujer soltera que trabajaba. Con el tiempo, por supuesto, las mujeres casadas de clase media también empezaron a trabajar fuera de casa. Pero la presión social sobre ellas para seguir manteniendo su rol genérico de madre de familia durante la “gran depresión” de la década de 1930, reforzado por la contratación femenina en muchas bibliotecas, mantuvo la biblioteconomía como un “nicho” para mujeres solteras hasta mediados del siglo XX.” (Engle, s.f.). No pretendo llevar más allá la reivindicación feminista, pero, como quiera que sea, ésta es una imagen fre-

cuente, transmitida por el cine. En una película reciente, *La momia* (1999, dir. Stephen Sommers, con Rachel Weisz y Brendan Fraser) la *partenaire* femenina es caracterizada como una bibliotecaria “con moño y gafas”, que a lo largo de la película “se suelta el pelo” (en palabras del director); gafas que utiliza al principio para leer libros, aunque más adelante lee los jeroglíficos sin ellas en un sorprendente ejercicio de recuperación visual. ¿Quién da más? (8).

Hay que reconocer que el estereotipo es algo cómodo: todo el mundo percibe los lugares comunes, los tópicos. Por eso es tan difícil ir contra él creando nuevos caracteres. Una vez implantado tiene una fuerza basada en la repetición y ello hace, por ejemplo, que el estereotipo de héroe siempre deba ser alto, guapo y fuerte, no así el de bibliotecario. Los estereotipos son creados, generalmente, por los “otros”: pocos bibliotecarios se reconocerían en ellos (Walker, 1993). A este respecto es interesante y curiosa la columna publicada en la revista *American Libraries*, donde se mencionan anuncios, chistes, citas y reflexiones sobre la imagen de los bibliotecarios (9). La imagen distorsionada de las bibliotecarias ha sido un factor importante a la hora del desarrollo profesional (10) y como impedimento para pagar salarios equitativos. El estereotipo pudo no ser originado en los libros que hemos leído (Sapp, 1987) o en las películas primeras, pero el cine y otros *mass media* lo han perpetuado.

Walker y Lawson afirman que de cientos de películas producidas por Hollywood, los bibliotecarios aparecen en pocas de ellas, y en breves escenas; rara vez son “protagonistas”. En la base de datos Magill’s Survey of Cinema, consultada por los autores, la palabra “bibliotecario” aparece sólo en 40 películas (11). Más optimista, Martin Raish lista cerca de 350 producciones de Hollywood y unas pocas extranjeras (de Francia y Alemania, ninguna española), que incluyen escenas donde aparecen bibliotecas y bibliotecarios, tanto de una forma destacada como ocasional. A menudo la misma bibliotecaria que posee todos los clichés negativos, también encarna atributos positivos, como veremos a continuación. La vertiente positiva de la bibliotecaria, fue la primera que dio el cine, y por ello eligió estrellas para encarnarlas: Anne Blythe, Jean Simmons, Virginia Mayo, Carole Lombard en *Casada por azar* (1932) o Greer Garson en *La aventura* (1945, dir. Victor Fleming) con Clark Gable como protagonista en ambas películas.

La vertiente positiva de la bibliotecaria en el cine y en la literatura, se define por los siguientes rasgos: atractiva y sexy, sin gafas, pelo corto o largo (no recogido), elegante y eficaz, con encanto, mujer de carrera, soltera, e inteligente, ordenada, honesta y trabajadora. El estereotipo es ambigüo, porque en las películas en las que la bibliotecaria joven, atractiva y soltera desempeña su trabajo, es “salvada” de un destino peor que la muerte cuando se casa románticamente con el héroe: de soltera/solterona a casada. En el estereotipo femenino en positivo, destaca el “romance a la vista”: el amor y el matrimonio liberan el atractivo de

una mujer joven, y la salvan de una vida de solterona entre montañas de libros, conduciéndola a su “verdadera realización”. En las películas norteamericanas suelen mostrarse con asiduidad las bibliotecas, espacios públicos tan habituales como una estación de trenes o una oficina postal. La bibliotecaria joven y bella suele ser apreciada por el galán, mientras sube unas escaleras para buscar unos libros, o entre las estanterías. Esta seductora bibliotecaria suele ayudar al héroe en búsqueda de información (*Tres días del Cóndor*, 1975, dir. Dino de Laurentis, con Robert Redford y Faye Dunaway) encontrando aventuras y romance al lado de su *partenaire*. Algunas veces puede verse corrompida por el chico, pero generalmente es ella quien tiene una influencia bienhechora, encarnando el papel de “ángel civilizador”, que atribuían los norteamericanos a la “institutriz” en tiempos de la conquista del Oeste (Chaintreau, 1993).

Las cualidades “femeninas” de orden, método y limpieza son destacadas en algunas películas, a través de sus heroínas bibliotecarias; sin por ello ser desgraciadas ni condenadas. La película *Su otra esposa* (1957) es un modelo en ese sentido: Katharine Hepburn y sus colaboradoras (todas jóvenes, simpáticas y de buen humor) pueden con todo. En *Storm Center* (1956, dir. Daniel Taradash, con Bette Davis en el papel), la bibliotecaria, Alicia, es una mujer que sigue sus convicciones personales al negarse a retirar un libro de la biblioteca (película de la época del maccarthismo, con la censura por tema). Asimismo la bibliotecaria puede ser “cómplice” de algún crimen, en su afán de aventuras. Se juega con la ley del contraste: una persona tan ordenada puede convertirse en su contraria. En la película francesa *El hombre de los ojos plateados* (1986, dir. Pierre-Granier Deferre, con Alain Souchon como ladrón, Jean-Louis Trintignant como policía y Tanya Lopert como bibliotecaria), ésta es seducida por el malo de la película, llegando a matar a un policía para ayudar a su amante. También aparecen bibliotecarias audaces y valientes en la sección

“Infantil” o “Juvenil” de una biblioteca, o encargadas de bibliobuses. Este último caso se muestra en la película suiza *Erica Minor* (1974, dir. Bertrand van Effenterre, con Brigitte Fossey, Juliet Berto y Madame Clot, una bibliotecaria auténtica que actuó en la película, donde se muestran las dificultades de este servicio.

Otro cliché muy utilizado por las novelas de detectives, y por extensión en las películas de cine negro, es la bibliotecaria detective que presta excelentes servicios para resolver un crimen. De la biblioteca como escenario de un crimen hablaremos más adelante, pero destaquemos que



Figura 2. Carole Lombard, bibliotecaria en *Casada por azar*

muchos detectives son bibliófilos, poseyendo amplias bibliotecas. Los bibliotecarios/as en la novela policíaca suelen ser dóciles, pero a veces se vuelven agresivos en su afán por descubrir las explicaciones de unas circunstancias criminales que forman un puzzle. Se produce, a veces, un “feliz” matrimonio en el que el bibliotecario actúa de investigador o el detective se sirve de la biblioteca para aclarar un misterio (Filstrup, 1978). Así, en *Juego Peligroso* o en algún episodio de *Se ha escrito un crimen* donde el bibliotecario resuelve o ayuda a resolver el crimen; en *Todos los hombres del presidente* (1976, dir. Alan J. Pakula, con Dustin Hoffman y Robert Redford) o *La sombra de una duda* (1943) encuentra pistas; finalmente, en *Su última noche* (1953, dir. Georges Lacombe, con Jean Gabin y Madeleine Robinson) el bibliotecario perpetra crímenes. En la serie de televisión *Buffy Cazavampiros* (1997 y aún en producción, dir. Joss Whedon, con Sarah Michelle Geller, etc.), una chica y sus amigos del instituto se dedican a destruir los vampiros que asolan su comunidad y se suelen reunir en la biblioteca del instituto para planificar estrategias, estudiar conjuros o liquidar monstruos; curiosamente es un sitio donde nunca hay nadie.

2.2. El bibliotecario en el cine o “el señor gris”

El bibliotecario es menos definido y mencionado en el cine que la bibliotecaria. Suele ser un estereotipo de vertiente negativa, con las siguientes características: calvo y con gafas; mal vestido, descuidado en su ropa; solterón quisquilloso; y sensible, malhumorado y cruel; pero también respetable y cuidadoso. El bibliotecario no es ni un cowboy, ni un aventurero, ni un detective privado, por lo tanto no tiene las características de un héroe masculino caracterizado por su rebeldía, audacia y atractivo. Uno de los motivos de que no aparezcan bibliotecarios en el cine es por la naturaleza aparentemente poco “cinéfila” del trabajo bibliotecario (responder preguntas de referencia no tiene suficiente acción). En *Todos los hombres del presidente* el periodista es el verdadero protagonista mientras que el bibliotecario/documentalista es simplemente un instrumento. Si se incluye en una película es porque ésta gana fuerza, introduciendo unas características diferentes a las esperadas en un médico o abogado. Al bibliotecario se le asocia indefectiblemente con los libros. Su trabajo forma parte de la intriga y de una situación dramática, como en la película *Drácula* (1957, dir. Terence Fisher, con Christopher Lee, Peter Cushing, John Van Eyssen), donde Jonathan Harker es llamado al castillo del vampiro para catalogar su biblioteca. El ordenador pertenece a muchas profesiones, el libro no. En el filme francés *Su última noche*, Jean Gabin interpreta al director de una biblioteca municipal que por la noche es el jefe de una banda de gánsters. En la literatura, que proporciona una mayor riqueza y ejemplos, hay incluso bibliotecarios con tendencias suicidas (13).

La vertiente positiva destaca un bibliotecario como una figura sabia, una autoridad, símbolo de los mejores valores sociales; con conocimientos de la historia local, por ejemplo. También aparecen bibliotecarios seductores, como en *Ya eres un gran chico* o en *Cuento de invierno* (1992). En *Sólo dos pueden jugar* (1955, dir. Sidney Gilliat, con Peter Sellers en el papel de bibliotecario), éste es un hombre casado, padre de familia, que atrae con su encanto y buen humor a las jóvenes lectoras de la biblioteca. Pero en general, cuando aparecen hombres bibliotecarios, su función es más neutra y sin protagonismo. Un guardián de libros y del saber por antonomasia; figura no exenta de ambigüedad, como la película basada en el libro del mismo título *El nombre de la rosa* (1986). El monje detective Guillermo de Baskerville tiene como primer antecedente a A. Dupin y *El asesinato de la calle Morgue* como la primera novela de detectives, de E. A. Poe, donde la historia comienza en una biblioteca. Chaintreau destaca el retrato del bibliotecario en la literatura francesa del siglo XIX: un colega, un camarada culto y refinado, que se ocupa de bibliotecas prestigiosas (14). Se percibe un cambio de lo positivo a lo negativo, donde se llega al retrato opuesto: un hombre soltero, sin parientes, sin colegas, sin amigos, con una vida monótona y mezquina.

3. Las tareas bibliotecarias

El trabajo en una biblioteca es por definición “silencioso”. En las películas es frecuente el gag donde el silencio de la biblioteca es roto por algún usuario o alguna acción trepidante, que choca con la tranquilidad esperada: así en *Cartas a Iris* (1990), *Desayuno con diamantes* (1961), *El graduado* (1967), *El sustituto* (1996), *Tallo de hierro* (1988), entre otras. Esto es una realidad: cuando alguien hace ruido, el personal que trabaja en bibliotecas le solicita que guarde silencio. Si el silencio impera en la biblioteca, entrar en ella se percibe como una sensación de intrusión, de violar un espacio sagrado (15), que muchos escritores han recogido en sus obras. El cine se ha hecho eco de esta sensación, como se aprecia de una manera muy plástica en la película *Cielo sobre Berlín* (1987, dir. Win Wenders, con Bruno Ganz, Peter Falk, etc.) donde los ángeles velan por los seres humanos, descendiendo desde el cielo a las salas de lectura de una biblioteca: ello acentúa su característica de “espacio sagrado y silencioso” (ángeles que no ven



Figura 3. El bibliotecario.

los lectores, sólo los espectadores). Esas secuencias se filmaron en la Biblioteca Nacional de Berlín (Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz).

Desde el punto de vista del usuario, entrar a una biblioteca, para consultar un libro requiere conocer unos mínimos códigos de utilización del servicio. La literatura da un paso más allá y sugiere a veces explícitamente que los bibliotecarios, ocupados en tareas inútiles, son enemigos de los lectores. Este punto de vista tiene su contrapartida: en *Su otra esposa* (1957), queda claro que las eficientes bibliotecarias pueden no sólo ser las perfectas intermediarias entre la información y sus usuarios (16), sino que superan en cierto modo, la frialdad de las máquinas; aunque finalmente se alían con ellas, como debe ser.

Tareas como hacerse el carné de usuario, el préstamo y lo que conlleva el primer contacto con la biblioteca se muestra, de manera cómica, en películas como *Desayuno con Diamantes*, *El cielo se equivocó* (1989) o *El Guardián de las palabras* (1994) entre otras. Situaciones conflictivas como la mutilación de documentos se recogen en *Ábrete de orejas* (1987), *Ya eres un gran chico* (1966) o *El cielo se equivocó* (1989). La comedia es tan importante como el drama a la hora de fijar estereotipos, ya que, tanto por exageración como por simplificación, se dice mucho acerca de cómo la gente ve a los demás. En *Su otra esposa*, el humor se revela cuando el ordenador se introduce en una oficina que afecta a los que hacen el trabajo de ese ordenador, es decir, a las bibliotecarias. Otras tareas como la catalogación y clasificación, la colocación de libros o los trabajos manuales (reparación de libros, colocación de etiquetas, sellado, etc.) suelen aparecer de manera cómica o grotesca (Ontoria, 1996). Señala Chaintreau que las adquisiciones, fundamentales en la biblioteca, son uno de los servicios más ignorados. Igualmente la animación cultural, exposiciones, conferencias, etc., están lejos de ser descritas en el cine, pero sí en la literatura. Lo anterior choca con la bibliografía entorno a los valores profesionales de los bibliotecarios: ésta no deja de señalar hasta la saciedad, que un bibliotecario en los albores del siglo XXI debe ser un impulsor y componente de la generación del conocimiento, un intermediario entre el usuario y la información, poseer conocimientos técnicos y capacidad de gestión, sin olvidar los valores tradicionales y el buen trato (Arot, 2000).

Pero quizá lo que más se representa en el cine es al propio usuario a la búsqueda y captura de la información. Así, “dos son las fuentes de información institucional que con mayor frecuencia aparecen en las obras literarias y cinematográficas: los archivos y los centros de documentación.” (Gracia, 1994). El personaje principal busca las fuentes de información necesarias (es frecuente ver la prensa a través de lectores-reproductores), como en *Todos los hombres del presidente*, Ciudadano Kane (1941) o el film clásico del director Jacques Tourneur *La maldición del demonio* (1959, con Dana Andrews, Peggy Cummins) que explota el tema del libro maldito que no se halla en el British

Museum (aunque figura en sus catálogos), pero sí una copia en la biblioteca particular del líder de una secta satánica. Es raro que una película de cine negro o de espionaje no haga alguna alusión a esta cuestión. Martin Raish lista un conjunto de cerca de 100 películas que se utilizan para una investigación, estudiar, encontrarse con alguien o para otros propósitos, siendo el bibliotecario una pieza más del mobiliario, que ayuda a identificar el escenario.

3. 1. Los escenarios bibliotecarios

El listado alfabético de películas que proporciona Martin Raish, está dividido en cuatro grupos: grupo A, 124 películas que incluyen a bibliotecarios; grupo B, 95 películas donde se utiliza una biblioteca para realizar una investigación, estudiar, encontrarse con alguien; grupo C, 25 películas donde no se ven bibliotecas ni bibliotecarios, pero se mencionan de paso; grupo D, 115 películas que necesitan ser objeto de estudio para asignarlas a algún grupo y donde aparece la biblioteca/cario en los títulos de crédito.

La literatura es riquísima e inagotable en presentar como escenarios bibliotecas reales o imaginarias (Stocker, 1997). El siglo XIX, por ejemplo, es recurrente a la hora de mencionar bibliotecas lóbregas o libros mágicos, poseedores de secretos ancestrales. Veamos algunos ejemplos a continuación. Montague Rhodes James (1862-1936) fue un latinista, filólogo, director de Eton, famosa escuela inglesa (educadora de aristócratas y gobernantes), y autor de cuentos divertidos de la era “victoriana”. En uno de sus cuentos, “El álbum del canónigo Alberico” (James, 1991) se combina el ambiente cerrado y oprimente de una iglesia gótica con la existencia de un misal del siglo XVII, con ilustraciones de siglos anteriores, que tiene unos caracteres extraños parecidos a signos planetarios, en latín y hebreo. Lo más interesante de este relato es la descripción de una lámina que contiene escenas de un rey en su trono en la mitad superior, y en la inferior hay una imagen de la que dice: “renuncio por completo a expresar con palabras la impresión que produce esta figura en quien la contempla...”, pasando a describir un *demonium* salido de pesadillas cristianas. En otro cuento del mismo autor, *El señor Humphryes y su herencia*, un individuo hereda de su tío una gran finca que nunca había visitado. En ella hay una biblioteca descrita así: “encontré a su gusto las amplias habitaciones de la planta baja, especialmente la biblioteca, que era casi tan espaciosa como el comedor y tenía tres altas ventanas de cara al este.” Como es propio del género, se trata de una vieja biblioteca, que el sobrino del fallecido se pone a catalogar. Entre los muchos tesoros bibliográficos, encuentra un libro que habla de un laberinto, que se corresponde con el que tiene el jardín de la mansión y en cuyo centro se halla un objeto de carácter diabólico. En el cuento *Berenice* de E. Allan Poe, el protagonista obsesivo y enfermizo se enamora de su prima, o mejor dicho de la parte anatómica más perfecta

de su prima: los dientes. Llevado por su monomanía se dedica a elucubrar sobre ellos —textura, color...— llegando a compararlos con las ideas platónicas. Y todo esto ocurre en el interior de la biblioteca a la que describe como “esa sala solitaria” y donde se anticipa un acto de profanación y de locura.

El espesor de una atmósfera de terror, propia del romanticismo negro, pasa al cine, que llega a llamar a las películas caracterizadas con dicha atmósfera como cine de terror “de biblioteca”. En la definición que Borges da sobre el libro (Borges, 1988) se dice: “Hugo escribió que toda biblioteca es un acto de fe; Emerson que es un gabinete donde se guardan los mejores pensamientos de los mejores; Carlyle que la mejor universidad de nuestra época la forman una serie de libros.” Y también: “De los diversos géneros literarios, el catálogo y la enciclopedia son los que más me placen. No adolecen, por cierto, de vanidad. Son anónimos como las catedrales de piedra y como los generosos jardines.” Estos ejemplos y los que los lectores conozcan, valen como muestra de que los libros y la biblioteca aparecen como origen de reflexiones filosóficas, o como elemento de intriga. Son consustanciales al escenario. Esto, que rige en la literatura, se traslada al cine donde encontramos el máximo ejemplo en la obra y la película *El nombre de la rosa* (Eco, 1984). Traemos a colación esta obra, llevada a la pantalla con gran éxito por el director francés Jean-Jacques Annaud, porque contiene abundantes “tópicos” decimonónicos queridos de la Literatura, cuestión estudiada ampliamente (Garrett, 1991): un libro prohibido, que enlaza con la censura y el motivo de los crímenes cometidos en la abadía medieval; una biblioteca laberíntica, con una perpleja clasificación y un esquema de ordenación que “oculta más que ilumina”; bibliotecarios (monjes copistas), que tienen secretos que ocultar, y cuya “lujuria del saber” motiva la oleada de muertes; y el incendio final. El libro prohibido es tema de otras películas como *Indiana Jones y la última cruzada* (1989) o *La historia interminable III: las aventuras de Bastián* (1994, basada en el libro de Michael Ende), *El guardián de las palabras* (1994) o *La maldición del demonio*.

La biblioteca laberíntica, de pesadilla, propia de épocas ya pasadas, sigue siendo una fiel aliada en las películas reseñadas anteriormente (17). Quedan pocas bibliotecas así, y sin embargo, el tópico es tan fuerte e irresistible que sigue, y seguirá probablemente siendo un filón literario y fílmico. Como dice Chaintreau, la biblioteca hasta que se populariza y se abre a todo el mundo (a través de la alfabetización, bibliotecas públicas, etc.), juega el papel de “santuario y/o cementerio”; visión que recoge *El nombre de la rosa*: la abadía medieval es un santuario pero también se convierte en cementerio, hasta su total extinción. Como se señala en algún estudio (Saorín, 1997), es la biblioteca anti-acceso, con una CDU esotérica, que muestra la lucha entre acceso y preservación (predominando esto último hasta extremos criminales), ejemplificada también en la figura de Guillermo de Baskerville —el usuario aperturista, abierto a los nuevos tiem-

pos—, frente al bibliotecario conservador y reaccionario como Jorge de Burgos. En otras obras, la biblioteca es el escenario de un crimen: el contraste entre la aparente tranquilidad y silencio de una biblioteca con un asesinato se refleja en obras como *Un cadáver en la biblioteca* de Agatha Christie, cuya protagonista Miss Marple resuelve el caso (18).

Afirma Garret, no exento de razón, que fuera de la comunidad bibliotecaria se ha comentado con detalle *El nombre de la rosa*, “mientras que los propios bibliotecarios han guardado silencio”. Y sin embargo, haciendo abstracción de la época, tenemos una reflexión sobre las bibliotecas y sus “guardianes”: está la censura (19), la estructura de los catálogos (Guillermo de Baskerville consulta el índice, difícil de entender), la implicación de la llegada de nuevas tecnologías (las “gafas” del monje detective, que llaman mucho la atención), la arquitectura bibliotecaria (el único dibujo de la novela es precisamente un plano de la abadía), relación entre bibliotecarios y usuarios (monjes copistas y teólogos); convirtiéndose en una especie de “parábola del investigador y del usuario de biblioteca” (20). Siendo además, una novela de detectives al estilo clásico inglés, con un detective amante de los libros y un villano que es un antiguo bibliotecario. El incendio final de *El nombre de la rosa* es un tópico muy querido a la literatura y al cine. Recordatorio traumático del gran incendio sufrido por la Biblioteca de Alejandría, los incendios literarios y cinematográficos rememoran éste, una y otra vez. Así ocurre en la novela corta *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, llevada también al cine (1967, dir. François Truffaut, con Oskar Werner y Julie Christie), donde, en una dictadura futurista, los libros son cosa prohibida y cada uno de los rebeldes se dedica a memorizar un libro completo como única forma de preservar la riqueza intelectual de la especie humana.

¿Qué define a estas bibliotecas monumentales, laberínticas y enormes? Las definen ciertas “señas de identidad”, que son también estereotípicas y no responden a la realidad de las bibliotecas modernas: escaleras peligrosas atraviesan las bibliotecas, o bien sus estantes son tan altos que es necesario utilizar escalerillas para llegar a las pilas de libros; el polvo campea por sus respetos; se constata la existencia “literal” de “ratones de biblioteca”; y las salas son frías y húmedas, mal iluminadas. Bibliotecas de estas características son comunes hasta el siglo XIX, y perduran en la memoria, perpetuándose de una manera asombrosa. En tales escenarios los bibliotecarios sólo pueden ser calvos y llevar gafas (21). Tampoco los lectores se salvan: van en consonancia con los bibliotecarios. Las escaleras dan mucho juego: siempre se cae alguien de ellas o sobre ellas, sirven de escenario a una persecución, o muestran unas bonitas piernas femeninas (Carole Lombard en *Casada por azar*). Estos recursos cinematográficos no hay que tomárselos demasiado en serio: el cine no es la realidad, aunque la evoque de manera imaginaria o realista. Actualmente el libre acceso hace rara la existencia de estanterías tan altas que necesiten de artilugios semejantes. Se da una imagen actual y moderna de los

libros en películas donde aparecen bibliotecas y/o librerías infantiles como en *Tienes un e-mail* (1999, dir. Nora Ephron, con Meg Ryan y Tom Hanks), donde la protagonista hace de cuentacuentos en su pequeña librería de barrio. Las imágenes que el cine presenta de bibliotecas modernas, abiertas al público, concurridas, etc., se contradicen muchas veces, con la imagen de los que trabajan en ellas. El polvo es el “convocado de piedra” de una biblioteca a la antigua. “Raras son las descripciones que olvidan el polvo, ese perfecto símbolo de un lugar inmóvil donde se entiende que nunca pasa nada” (Chaintreau, 1993); al igual que los ratones de biblioteca, que actualmente existen como algo metafórico (aunque las bibliotecas, si se descuidan, tienen ratas, ratones y otras especies del reino animal y vegetal). Es en la literatura de ciencia ficción, donde se citan bibliotecas ultramodernas y brillantes, ausentes de polvo y suciedad.

El incendio, ya mencionado, aparece como *leitmotif* que persigue a la biblioteca. En *El nombre de la rosa*, destruye una abadía y su biblioteca, la más importante del siglo XIV; en *Storm Center* también se quema la biblioteca. Pero otros desastres, no menos importantes, como los insectos bibliófagos o las goteras, son recogidos más en la literatura que en el cine.

Sírvanos como ejemplo de la reunión de casi todos los tópicos anteriores, un pasaje de la novela *El Diccionario de Lemprière* (Norfolk, 1994), que transcurre en el siglo XVIII. El protagonista, John Lemprière, es un joven erudito de la mitología clásica que se ve envuelto en una intriga internacional. Le encargan catalogar y expurgar una antigua biblioteca, dejando en ella las mejores ediciones de los clásicos (el subrayado es mío) (*ibidem*, p. 48-49):

Las estanterías cubrían las paredes desde el suelo al techo. A las baldas más altas, dos metros o dos metros y medio por encima del alcance de la mano, se llegaba mediante una escalera montada sobre ruedecillas, que corrían por unas guías de latón empotradas en el suelo... La atmósfera estaba cargada con un olor a moho, seco. Esencia de libros, pensó Lemprière al llenarse de ella los pulmones.

Echó un vistazo a su alrededor y la sorpresa encandiló sus ojos. encuadernaciones de tafete rojo, azul y verde oliva, artísticamente repujadas y con estampaciones en oro y en plata... Quien reuniera aquella biblioteca era un digno rival de Grolier. Juliette le había hecho pensar que se trataba de una colección formada con los jirones de una hacienda rural venida a menos. *No estaba preparado para encontrarse con una nueva Alejandría.*

3. 2. Bibliotecas del futuro: ¿hacia dónde vamos?

En la ciencia ficción/fantasia la información se equipara a conocimiento, que significa poder. Curiosamente los valores que hoy día están “fuera de moda” —de custodio y preservador— son de gran importancia en muchas obras de este género. Sobre todo en las fantasías de destrucción del mundo, donde la información se convierte en un factor clave. La información, contenida en los libros del

futuro suele ser mágica o sagrada. A través de la literatura y del cine (Griffen, 1987) se realizan anticipaciones de la cultura, de la sociedad y sus manifestaciones. Se suelen recrear bibliotecas totalmente automatizadas, la vuelta a bibliotecas rehumanizadas, la reinención de bibliotecas tras un cataclismo armagedónico o bien bibliotecas de la era post-automatización, altamente tecnológicas y “mentales” (por no decir telepáticas). Deudor de la literatura utópica (Gracia, 1994), el cine ha reflejado algunas de estas inquietudes. Así en *2001: Una odisea del espacio* (1968) no hay biblioteca sino una gran computadora central, que se rebela contra sus creadores. Este esquema de gran computadora “madre”, se repite en *Alien* (1980). A la vez que no existen libros, desaparecen los placeres que la lectura procura. En la película *Roller Ball* (1975, dir. Norman Jewison, con James Caan, John Beck, Maud Adams), todos los libros se han traspasado a la memoria central del ordenador del planeta, llamado “Zéro”. Dicho ordenador se presenta bajo el aspecto de una columna por la que circula un agua “táctil”. El bibliotecario (señor mayor) desanimado por los errores en los datos grabados, constata que todo el siglo XV ha desaparecido. Una frase lo dice todo: “No es un siglo muy rico, excepto Dante y algunos papas corrompidos”, ironiza el bibliotecario. Como suele suceder, el ordenador central se atasca y ante las preguntas sólo responde “Negativo, negativo”, lo que hace que el bibliotecario le pegue unas patadas y el líquido de su interior salga por todas partes. Al no haber libros (por culpa de estados totalitarios, por incendios tipo Armagedón, etc.) las personas se convierten en libros vivientes, como en *Fahrenheit*. Aparecen robots antropomorfizados usados como terminales para la búsqueda de información (como los robots de la serie *La guerra de las galaxias*), repetidos hasta la saciedad en las novelas de ciencia-ficción (Asimov, Stanislaw Lem, Ursula LeGuin, etc.). Referencias a la posibilidad de disponer de “recuerdos injertados” en el cerebro, como en la película *Desafío total* (1990, dir. Paul Verhoeven, con Arnold Schwarzenegger, Sharon Stone, etc.), cuyo protagonista tiene una vida “inventada” por obra de los chips, o la película española *Abre los ojos* (1997, dir. Alejandro Amenábar, con Eduardo Noriega, Penélope Cruz) (Saorín, 1998). Apenas existen bibliotecarios: el usuario es el rey. Se mencionan nuevos formatos (en *Blade Runner* (1982) se lleva a cabo una investigación utilizando elementos audiovisuales): cubos, cápsulas y otros que sólo caben en la imaginación. Sigue habiendo bases de datos que localizan cualquier dato que se les pida. Sin ir más lejos, en sagas de cómic y cine, el personaje de Superman, posee una visión muy “tecnológica” (rayos X, cristales holográficos, etc.).

Frente a tanta tecnología surge un inevitable contraste con la poca evolución de la especie humana. En la novela de Ursula LeGuin *El eterno regreso a casa* (Ed. Edhasa, 1985) se habla de la “Ciudad de la Mente” (City of Mind), una ciudad conectada y abastecida por robots. La autora transmite que, cuando todo esté

automatizado, se deben cultivar otras formas de conocimiento a través de la transmisión oral y la conservación del patrimonio. Se habla de bibliotecarios que, liberados de los papeles y de las tareas de catalogación, clasificación, organización, etc., desempeñan un papel mucho más activo en la vida de la comunidad, comunicándose con la gente siendo poetas, eruditos o narradores de historias; de sociedades descolonizadas, con acceso desde casa a bases de datos bibliográficas y documentales, y donde los centros culturales son lugares llenos de animación.

El mesías es un tema clave de la ciencia ficción: hombre o mujer, nuevos salvadores de la humanidad, entre fieras y horribles mutantes, que recuperan el saber perdido, hasta llegar a tradiciones místicas. Ninguna preocupación sobre formas de almacenamiento, redes o similar: para eso están las máquinas y muchas veces éstas devoran a su creador, cual nuevos monstruos de Frankenstein.

3.4. Otras visiones, otras propuestas

La literatura y los *mass media* pueden ser una de las mejores y más inspiradas fuentes para presentar nuevas visiones de las bibliotecas y las personas que trabajan en ellas. Además de ser perpetuadores de estereotipos pueden, a la búsqueda de la originalidad, romper viejos esquemas, proponiendo nuevos modelos. La ficción (histórica, novelesca, futurista, cinematográfica, etc.) adapta la realidad a sus necesidades, por lo que parece injusto pedir “fidelidad” a géneros, que por definición, desbordan el marco de la realidad. Pero sí podemos pedir y sugerir líneas de investigación y de estudio, para que no se insista siempre sobre los mismos puntos, ya demodés, sobre todo en medios como la televisión, que “en cuanto medio masivo de comunicación, tiene una capacidad de promoción o desprestigio de la biblioteca que ningún otro medio puede alcanzar.” (Ontoria, 1996). Las representaciones sobre bibliotecarios y bibliotecas sugieren y obligan, mal que nos pese, a reflexionar sobre nuestro propio trabajo y el entorno en el que nos movemos. El ejercicio de la reflexión es sano y necesario, y por ello vamos a presentar algunas propuestas, no exactamente cinematográficas, que intentan mostrar —a veces de manera muy desenfadada—, que los seres que habitan y trabajan en la biblioteca, no son tan estereotipados como se han presentado hasta ahora (22). Para iniciar el debate una reflexión: En *El nombre de la rosa*, Eco parece dudar de la capacidad de los bibliotecarios de reírse de sí mismos, por no mencionar su incapacidad de tolerar la risa de otros. Coexisten el respeto por una institución “arquetípica” como la biblioteca, símbolo de grandeza (y vanidad) intelectual, con la visión de una institución de su época, necesitada de una reforma secular.

La literatura ofrece visiones menos estereotipadas de los bibliotecarios: hombres y mujeres sorprendentes que tan pronto expresan la alegría por los libros como una bulimia desencantada, enredados en intrigas de todo tipo o inventores de clasificaciones imposibles (Poulain, 1986); hasta llegar a fantasías desbordantes con

bibliotecarios que se introducen literalmente en el interior de un libro, bibliotecarios vampiros, bibliotecas y libros encantados. El mundo del cómic (Bergson) es especialmente rico en presentar nuevos modelos, aunque siga mostrando viejos esquemas. Como el cómic *El bibliotecario de almas* (Milligan, 1992), donde un bibliotecario “especial” va asesinando personas y clasificando sus cuerpos según la clasificación Dewey. Batman resuelve los asesinatos con ayuda de un bibliotecario. Recordemos que la mujer murciélago, Batgirl, es una bibliotecaria también, que, al igual que Superman escondido bajo el tímido periodista Clark Kent, oculta su otro “yo”. Otro cómic llamado *Las aventuras de la bibliotecaria* (23), nos muestra una colega que lucha contra la acidez del papel, venciénola con superpoderes.

Aparte del estereotipo positivo y no tan divulgado de la bella y atractiva bibliotecaria, hay otras propuestas más radicales: bibliotecarias con cabello de punta (estilo punky), piercings, etc. (Anderson, 1992), o imágenes con más glamour, sintetizadas en la frase “no pareces una bibliotecaria”. Así, se proponen nuevas definiciones de los profesionales de las bibliotecas y centros de documentación: “cybrarians”, “diosas de la información” o “diva de la referencia”, en páginas Web como las siguientes:

- *The Lipstick Librarian* (<http://www.teleport.com/~petlin/lipbib/index.html>) habla de una bibliotecaria “bella, intrépida, fresca y amable: ¡la bibliotecaria-barra de labios!”, página que ha ganado muchos premios.
- *The Bellydancing Librarian* (<http://www.onic.net/~erisw/bdlib.html>) propone, en el intento de romper esquemas, una “bibliotecaria danzarina del vientre”; en una metáfora que aporta alegría y cierto descaro a la imagen tradicional (la página tiene links sobre la danza del vientre, no es broma). Esta página nos lleva a varias referencias atípicas en la imagen profesional: Conan el bibliotecario (un héroe que sabe de libros e incluso aparece en alguna película); la Web de bibliotecarios anarquistas (con su eslógan “la revolución será catalogada”); la Web de bibliotecarios con tatuajes y piercings (los “modified librarians”, que incluye fotos de colegas con estas marcas “distintivas”), etc.
- *The Laughing Librarian* (<http://internettrash.com/users/lafnlibn>) o el bibliotecario que ríe”, con secciones sobre humor, citas y pasatiempos, aporta una visión humorística de la profesión (un mensaje avisa que algunos enlaces pueden ofender al visitante).
- *IPL Especially for Librarians: Fun Facts* (<http://www.ipl.org/svcs/funfacts.html>) es una página interesante que, al hilo de la anterior, se presenta como una web que “nos va a hacer reír”, con páginas muy completas y peregrinas como “Bibliomisterios” (misterios, crímenes, etc., que ocurren

en bibliotecas y archivos); páginas sobre bibliotecas en el cine, el cómic; citas sobre el mundo de la Biblioteconomía, etc.

- *Progressive Librarians Guild* ([http://www. libr. org/PLG](http://www.libr.org/PLG)): El “gremio de los bibliotecarios progresistas”, nos remite a la mejor tradición de la “misión del bibliotecario” de la que hablaba Ortega y Gasset: la conciencia de hacer algo más que catalogar y clasificar libros. Estos bibliotecarios no olvidan la reivindicación de ser una parte activa de la sociedad con sus alianzas económicas, políticas y sociales.

Estas y otras páginas son de sesgo 100% norteamericano; sorprende descubrir que apenas existen de otros países en Internet (24). Sean más o menos serias, todas ofrecen una visión positiva de los bibliotecarios, intentando romper el esquema de una profesión centrada en el libro, el refugio ideal de un buen lector. Después de tantos años, cuando a la gente se le pregunta si trabajaría en una biblioteca, dice que lo haría porque así puede leer más libros. Otra “lectura” de lo anterior, con tantas páginas diferentes, sería la confirmación de que el estereotipo está muy vivo porque precisamente lo hacemos notar, aunque sea por antítesis.

Alguien ha señalado que los bibliotecarios están obsesionados por su imagen más que otros colectivos (Dupré, 1991): se fijan demasiado en el estereotipo que aparece en los medios, denotando una inseguridad, repetida hasta la saciedad en la bibliografía profesional, que no tiene razón de ser. Posiblemente un artículo como éste sea una prueba de ello.



Figura 4. Katharine Hepburn y sus colegas bibliotecarias en Su otra esposa.

3. Conclusiones

Seguramente es hora de ir más allá de nuestra imagen pública, y empezar a concentrarse en describir los servicios que la biblioteca ofrece. Cuando alguien está convencido del valor de su trabajo, no necesita que los demás crean en él con ostentosas manifestaciones de orgullo. Hacer bien nuestro trabajo, con ilusión y energía es la mejor manera de destruir un estereotipo. Sin olvidar el sentido del humor: no debemos sentirnos demasiado ofendidos por la imagen que se da en el cine sobre los bibliotecarios; un estereotipo es un lugar común al que un cineasta, un artista, etc., suele recurrir. Sin embargo, las iniciativas en ese sentido, los cambios del punto de vista tradicional, las propuestas —serias y/o frívolas— en mi opinión deben ser tenidas en cuenta, estimuladas y recibidas. Es humano, muy humano, plantear y replantear todos los aspectos que una profesión sugiere, muestra, niega o enaltece. Propongo futuras líneas de estudio en este ámbito, prácticamente inexploradas en nuestra lengua:

- La imagen de los bibliotecarios por tipos de bibliotecas: públicas, universitarias, de ciencias de la salud (Blackwelder), etc.
- La presencia o ausencia de los bibliotecarios —hombres o mujeres— en la literatura. Es significativo, por ejemplo, que en *El nombre de la rosa* o en *La Biblioteca de Babel* las mujeres destaquen por su ausencia (su presencia en el primer caso es un episodio de tipo sexual fuera de la biblioteca: en la cocina de la abadía) (Chrupalá, 1999).
- El “hábito bibliotecario” como uno de los muchos códigos en el vestir de una cultura (Neal).
- El libro y las bibliotecas en relación con el cine y la literatura infantil (25).
- Las bibliotecas y el libro en la literatura, pintura, por géneros, alusiones, etc.; tema del que se ha escrito mucho (Castillo, 1984), aunque faltan estudios en español.
- Los estereotipos bibliotecarios en el cómic, tebeo y tiras cómicas (26).

Para terminar como empezamos, pedimos a cineastas, responsables de *mass media*, a bibliotecarios, documentalistas, y en definitiva a todos los que lean esta ponencia —puesto que todos construimos las imágenes y/o somos responsables de aceptarlas—, que intenten ir más allá de los estereotipos o al menos que los revitalicen mostrando otras facetas de los mismos. Los estereotipos tienen una gran importancia en nuestras vidas, ya que como dijeron Naegele y Stolar en 1960: “La importancia de una imagen no reside tanto en su verdad como en sus consecuencias.”

Notas

- (1) Agradezco calurosamente la ayuda de mis colegas Rosa Gallego López y Josefa Raído González, del Servicio de Acceso al Documento de la Universidad de Alcalá, sin cuyo trabajo el mío no hubiera sido posible. Para más información sobre el tema de esta ponencia: claudia.paz@uah.es.
- (2) En Estados Unidos, Alemania y Francia principalmente.
- (3) Lo señala especialmente Antonia Ontoria, cuyo artículo es uno de los pocos en español sobre el tema de las bibliotecas en el cine.
- (4) Seibel (*ibidem*, p. 31) estudia la edad, clases sociales, etc., de los bibliotecarios confirmando parcialmente, por ejemplo, la tendencia a la soltería del género femenino.
- (5) La Association Européenne du Côté des Filles (En favor de las niñas) (1996) afirma en un estudio que “los álbumes, presentes en las escuelas, las bibliotecas y los centros de documentación... [transmiten] imágenes, que los niños, que aún no saben leer miran durante largos ratos, [y] son portadoras de estereotipos sexistas”.
- (6) El cliché de custodia de la colección se remonta a la Edad Media occidental, donde el monje-bibliotecario era el guardián de los libros (“armarius”, “custos librorum”, “chartophylax”). Para los dibujos animados con escenas de bibliotecas y bibliotecarios, Véase *Library Cartoons* (s. f.).
- (7) “Se descubre también que las gafas vienen a completar el significado del maletín: representan profesión “intelectual”, saber y autoridad y confieren al personaje inteligencia y prestigio. Pero puesto que se supone que gafas e inteligencia son incompatibles con belleza y femineidad, las gafas se encargan de decir, cuando las lleva una mujer, que se trata de una mujer soltera o incluso... ¡de una “solterona”!” (Association Européenne Du Côté Des Filles, 1996).
- (8) En el foro IWETEL, se generó desde noviembre de 2000 hasta enero de 2001, aproximadamente, un interesante “debate” sobre los bibliotecarios y el cine. Las personas que aportaron sus opiniones, han sido muy útiles para la realización de este trabajo. Entre las opiniones vertidas sobre películas recientes que perpetúan el estereotipo, destacaré la de Álamo Álvarez, Estrella (ealamo@ya.com): “*En Comida rápida, Mujeres activas (Fast Food, Fast Women)*, de Amos Kollek, recientemente estrenada, hay una tal Mary Beth, una anciana bibliotecaria que “llevó una vida austera y gestionó su dinero inteligentemente”. No os cuento más, no vaya a ser que alguien vaya a verla”.
- (9) Desde mediados de 1980 aparece una columna irregular en la revista *American Libraries*, llamada *Image: How They're Seeing Us*.
- (10) En 1893 cuando se le pidió a Melvin Dewey que recomendara “un bibliotecario” para la recién creada Facultad de Biblioteconomía en la Universidad de Illinois, contestó: “El mejor bibliotecario de América es una mujer, y está en la habitación de al lado.” Se refería a Katharine Sharp, pionera de la biblioteconomía norteamericana. En su honor existe una revista electrónica, The Katharine Sharp Review (URL: <http://www.lis.uiuc.edu/review/ksharp.html>).
- (11) Algunas películas donde el bibliotecario/a o documentalista es protagonista: *Su otra esposa* (1957), *El nombre de la rosa* (1986), *El carnaval de las tinieblas* (1983), *La decisión de Sofía* (1982), *Ya eres un gran chico* (1966).

- (12) En una entrevista con el humorista gráfico José María Gallego (2001), se puede verificar la fuerza del estereotipo: “Pregunta: ¿Alguna vez ha plasmado en sus viñetas la figura de un bibliotecario? Respuesta: Sí, algunas veces, aunque generalmente dibujo bibliotecarias.”
- (13) Recordemos que en la Biblioteca de Babel de Jorge Luis Borges (Ed. Emecé, 1989), el suicidio es una de las causas de la desaparición, junto con las enfermedades pulmonares, de la “raza bibliotecaria”.
- (14) Cabe mencionar un mensaje en el foro IWETEL de Miguel Angel Benito (mabenito@forem.ccoo.es), a propósito del debate sobre bibliotecas y cine: “En relación con recientes debates sobre la imagen profesional de los bibliotecarios y documentalistas y enlazando con otro no demasiado lejano sobre la presencia de los mismos en el cine, me permito recomendaros una excelente película, que considero ha contribuido a remover los tópicos que se manejaban sobre la profesión. En lugar del bibliotecario/a gris y apocado, lugar común de tantos y tantos filmes, nos presenta un bibliotecario culto, refinado y cosmopolita, capaz de moverse con soltura entre los altos círculos de la cultura y la sociedad. Me refiero, claro está, a la última película de Ridley Scott, Hannibal, cuyo protagonista interpretado magistralmente por Anthony Hopkins, no es el general cartaginés. Un solo “pero”, le pondría a dicho personaje, su particular código deontológico... que le permite “distrar” hojas de manuscritos e incunables de la maravillosa biblioteca histórica, sita en Florencia, cuya custodia se le ha encomendado. P. D. Por cierto, en la película no consta que sea titulado. P. D. 2. No copiemos otro de los pequeños defectos del protagonista, devorándonos unos a otros.”
- (15) Frente al desprecio de la escritura y los libros, expresada al final del Fedro de Platón, la época helenística valoró mucho el libro y las bibliotecas. El cristianismo “glorificó” el libro sagrado o Biblia, y desde entonces el libro y sus recintos no dejan de perder su “toque mágico” (ni seguramente es deseable que lo hagan). Ernst Robert Curtius (1984), importante medievalista, dedica un capítulo al aspecto sagrado del libro, a través de nuestra cultura, y cita un hermoso verso de Shakespeare en *La tempestad*, donde Próspero, duque de Milán, abandona a su hermano los asuntos del gobierno y cuya biblioteca es “suficiente ducado” para él.
- (16) En *Su otra esposa*, película que recomendamos vivamente, los usuarios hacen preguntas telefónicas tan peregrinas como cuáles son los nombres de los renos del trineo de Santa Klaus, así como otras preguntas “de referencia”.
- (17) En mensaje al foro IWETEL, Àngels Massisimo (e-mail: massisi@fd.ub.es) comentaba que “El Director de la Bibliothèque de l’Arsenal de Paris, Sr. M. Garretta, explicó que se habían rodado en ella diversas películas de terror”.
- (18) La perplejidad que produce encontrar un cadáver en la tranquila biblioteca particular de un coronel retirado, viene acentuada por diálogos como el siguiente, donde la autora era consciente de este contraste: “La voz de mistress Bantry sonó agitada y casi sin aliento en el aparato: —Ha ocurrido la cosa más terrible. —¡Oh, querida! —Acabamos de encontrar un cadáver en la biblioteca. Durante un instante miss Marple creyó que su amiga se había vuelto loca. —¿Qué habéis encontrado qué? —Ya sé. No puede creerse, ¿verdad? Quiero decir... Yo creí que esas cosas sólo pasaban en las novelas.” (Christie, 1987).

- (19) La censura está indefectiblemente ligada al fuego, al incendio, que destruye las obras prohibidas: no en vano, en *El Quijote*, el cura y el barbero queman los libros que han trastornado al caballero andante; no en vano en las bibliotecas de antaño (¿y en algunas de ahora?), los libros censurados se depositaban en un cuarto, en un sitio inaccesible. En Francia dicho habitáculo se llamaba “infierno”. En el infierno arden, entre otras cosas, los libros censurados (Kulman, 1987).
- (20) Una conversación entre Guillermo de Baskerville y Bencio (p. 138) es significativa al respecto: “—No recuerdo. ¿Qué importa de qué libros se habló? —Importa mucho, porque estamos tratando de comprender algo que ha sucedido entre hombres que viven entre los libros, con los libros, de los libros, y por tanto, también es importante lo que dicen sobre los libros.”
- (21) Ninguna profesión, afición, etc., está exenta de estereotipos: “Los bibliófilos, por ejemplo, cuyo gran mito gravita en torno a la paradoja de que no leen.” (Antolín, 1993).
- (22) El bibliotecario inglés A. Brewerton ha estudiado las referencias en la Web sobre la biblioteca y el cine, y las divide en 2 categorías: páginas que hablan sobre la imagen y páginas que “destruyen” la imagen estereotipada (Brewerton, s. f.).
- (23) *The Adventures of the Librarian*, URL: <<http://www.librarianavengers.com/comic1.html>>.
- (24) En español solo he encontrado la página *Libros, cine y bibliotecas*, URL: <<http://www.kronosdoc.com/gtbib/pelibib/>>.
- (25) Curso “El cine y la literatura infantil”. Jornadas celebradas en Cuenca, 2 y 3 de julio de 2001. Centro de Estudios y Documentación de Promoción de la Lectura y Literatura infantil (CEPLI). Universidad de Castilla-La Mancha.
- (26) “Al igual que los restantes medios y géneros de la cultura de masas, los cómics han generado unas densas familias de estereotipos, de personajes arquetípicos sometidos a representaciones icónicas características muy estables, a partir de rasgos peculiares que se convierten en sus señas permanentes de identidad.” (Gasca y Gubern, 1994). Los autores estudian estereotipos clásicos como el héroe, el sabio, el rico, etc. Sería interesante hacerlo en las bibliotecas y bibliotecarios.

Referencias

- Antolín Rato, Mariano (1993). Toda la memoria del mundo. // Signatura. 4 (1993) 58-63.
- Anderson, A. J.; et al (1992). Should a Library Have a Dress Code? // Library Journal. 117: 21 (1992) 98-100.
- Arot, Dominique (2000). Les valeurs professionnelles du bibliothécaire. // Bulletin des Bibliothèques de France. 45:1 (2000) 33-41.
- Association Européenne Du Côté Des Filles (1996). ¿Qué ven los niños en los libros de imágenes? Respuestas sobre los estereotipo : investigación realizada [en 1996] por Sylvie Crumer y Adela Turin con la ayuda de la Comisión Europea: 2: Una encuesta. URL: <<http://www.fundaciongsr.es/documentos/default3.htm>>. Consultado: 2001-08-24.
- Bergson, Steven M. (comp.). Librarians in Comics: Sources (Comic Strips). URL: <<http://www.geocities.com/Athens/Acropolis/2161/comstrp/comstrp.htm>>. Consultado: Agosto 2001.

- Bergson, Steven M. (comp.). *Librarians in Comics: Sources (Comic Books)*. URL: <<http://www.geocities.com/Athens/Acropolis/2161/combks/combks.htm>>. Consultado: Agosto 2001.
- Blackwelder, Mary B. The image of health sciences librarians: how we see ourselves and how patrons see us. URL: <<http://allenpress.com/mla/issues/vol84/number3/84-3-345.html>>. Consultado: 2001-07-20.
- Borges, Jorge Luis (1988). *Borges: A/Z*. Madrid: Ed. Siruela, 1988.
- Brewerton, Antony. Wear lipstick, have a tattoo belly-dance then get naked: the making of a virtual librarian. // *Impact: Journal of the Career Development Group (Online)*, 2: 10, págs. 158-164. URL: <<http://www.careerdevelopmentgroup.org.uk/impact/archives/abrewerton.htm>>. Consultado: 2001-08-10.
- Castillo, Debra A (1984). *The translated world: a postmodern tour of Libraries in Literature*. Florida: University Press, 1984.
- Chaintreau, Anne-Marie; Lemaître, Renée (1993). *Drôles de bibliothèques...: le thème de la bibliothèque dans la littérature et le cinéma*. Paris: Editions du Cercle de la Librairie, 1993.
- Christie, Agatha. *Un cadáver en la biblioteca*. Madrid: Orbis, 1987.
- Chrupala, Grzegorz (1999). *Biblioteca in Fabula: the library motive en "La Biblioteca de Babel"*, The British Museum is falling down and Il nome della Rosa. Thesis presented in part fulfillment of the requirements for degree of Master of Arts in the University of Silesia, 1999. URL: <<http://www.geocities.com/Athens/Acropolis/4667/introduction.html>>. Consultado: 2001-07-20.
- Dupré, Deirdre (1991). The perception of Image and Status in the Library Profession. // *NewBreed Librarian*. (Agosto 1991). URL: <<http://www.newbreedlibrarian.org/current/feature2.html>>. Consultado: 2001-09-20.
- Eco, Umberto (1984). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen, 1984.
- Engle, Michael. Remythologizing work: the role of archetypal images in the humanization of librarianship. URL: <<http://urislib.library.cornell.edu/archetype.html>>. Consultado: 2001-07-20.
- Filstrup, Jane Merrill (1978). *The Shattered Calm: Libraries in Detective Fiction*. Part 1: The Librarian as Victim y Part 2: The Librarian as Sleuth. // *Wilson Library Bulletin*. 54:4 (1978) 320-337 / 53:5 (1979) 392-398.
- Garrett, Jeffrey (1991). Missing Eco: on Reading The Name of The Rose as Library Criticism. // *The Library Quarterly*. 61:4 (October 1991) 373-388.
- Gallego, José María (2001). *Clip*. // *Boletín de la Sedic*. 35 (invierno 2001).
- Gasca, Luis; Gubern, Román (1994). *El discurso del cómic*. Madrid: Cátedra, 1994.
- Gracia Armendáriz, Juan (1994). Reflexiones en torno a la representación y uso de la biblioteconomía y la documentación en la novela y en el cine. // *Documentación de las Ciencias de la Información*. 17 (1994) 85-102.
- Griffen, Agnes M (1987). Images of Libraries in Science Fiction. // *Library Journal*. 112: 14 (1987) 137-142.

- Grobman, Gary M. (1990). Stereotypes and prejudices. // Grobman, Gary M. *The Holocaust: a guide for teachers*. // *A cybrary of Holocaust: remember.org*. Augusta, GA: Project ABE, 1995-. URL: <<http://remember.org/guide/History.root.stereotypes.html>>.
- Library Cartoons: An annotated bibliography. URL: <<http://pw1.netcom.com/~dplourde/cartoons/index.html>>.
- James, M. R. (1991). *Historias de fantasmas*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Kulman, M. (1987). *L'Enfer c'est les autres: use et coutumes de la censure dans les bibliothèques*. // Poulain, M.; Serre, F. (eds.). *Censures: de la bible aux larmes d'Eros*. Paris: Centre G. Pompidou, 1987.
- Marinelli, Stacie; Baker, Tim (2000). Images and the Librarian: an exploration of a Changing Profession. // URL: <<http://www.wam.umd.edu/~herodf/ImageHomepage.htm>>. Consultado: 2001-06-15.
- Martin, Marcel (1996). *El lenguaje del cine*. Madrid: Ed. Gedisa, 1996.
- Milligan, Peter (1992). The library of souls. // *Detective Comics*. NY: DC. 643 (April 1992).
- Neal, Raymond W. Dealing with dress codes. URL: <<http://www.libsci.sc.edu/bob/class/cliss724/SpecialLibrariesHandbook/neal.htm>>. Consultado: 2001-06-15.
- Norfolk, Lawrence (1994). *El diccionario de Lemprière*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1994.
- O'Brien, Ann; Raish, Martin (1993). // The image of the Librarian in Commercial Motion Pictures: an Annotated Filmography. // *Collection Management*. 17:3 (1993) 61-84.
- Ontoria, Antonia (1996). La Biblioteca en el cine: realidad y ficción. // *Educación y Biblioteca*. 74 (1996) 46-59.
- Peña-Ardid, Carmen (1996). *Literatura y cine*. Madrid. Cátedra, 1996.
- Poe, E. A. (1999). *Cuentos*. Madrid: Alianza Editorial, 1999.
- Poulain, Martine (1986). Le mille-feuilles: petite anthologie littéraire et subjective sur les bibliothèques et leurs lecteurs. // *Bulletin des Bibliothèques de France*. 31:4 (1986) 306-315.
- Raish, Martin. Librarians in the movies: an annotated bibliography. // URL: <<http://www.lib.byu.edu/dept/libsci/films/introduction.html>>. Consultado: 2001-07-20.
- Saorín, Tomás (1997). ¿Qué nos queda de la rosa? // *Métodos de Información*. 19 (jul. 1997) 21-23.
- Saorín, Tomás; Pastor, Juan Antonio (1988). El mundo de la información en la ciencia ficción. // *Métodos de Información*. 5:24 (1988) 25-26. URL: <<http://www.uv.es/cde/mei/mei24/pag25.html>>. Consultado: 2001-10-12.
- Sapp, Gregor (1987). The Librarian as main character: a professional sampler. // *Wilson Library Bulletin*. (January 1987) 29-33.
- Seibel, Bernardette (1988). Au nom du livre. Analyse sociale d'une profession: les bibliothécaires. Paris: La Documentation Française, 1988.
- Stocker, Günther (1997). *Schrift, Wissen und Gedächtnis: das Motiv der Bibliothek als Spiegel des Medienwandels im 20. Jahrhundert*. Würzburg: Königshausen & Neumann, 1997.
- Trujillo Rexach, M^a Elena (2000). Nuevos retos del profesional de la información a las puertas del tercer milenio. // *Universo Diagnóstico*. 1:1 (2000) 6-13.
- Walker, Stephen; Lawson, V. Lonnie (1993). The Librarian Stereotype and the movies // *MC Journal: The Journal of Academic Media Librarianship*. 1:1 (Spring 1993) 16-28. URL: <<http://wings.buffalo.edu/publications/mcjml/v1n1/image.html>>. Consultado: 2001-07-08.